*Es Cristo que pasa:
la santificación del tiempo**

Antonio Livi

Las homilias del fundador del Opus Dei, Mons. Escrivá de Balaguer, que acaban de aparecer en italiano, son comentarios espirituales a los textos bíblicos y litúrgicos de algunas de las principales solemnidades y fiestas del año. El lector que ya conocía las otras obras de Mons. Escrivá –desde los clásicos *Camino* y *Santo Rosario*, hasta el más reciente *Conversaciones*– nota pronto una clara diferencia en el estilo. *Camino* tiene un lenguaje inconfundible de meditación ascética dividida en 999 pensamientos, cada uno de los cuales compendia una experiencia de vida cristiana, de trabajo pastoral, de escucha de la Palabra de Dios. *Santo Rosario* es una obra al servicio de la devoción, con un lenguaje que tiene toda la inmediatez de la poesía

* Traducción del original italiano al español de Miguel Ángel Garrido y Armando Pego.

mística. *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer* es una recopilación de entrevistas concedidas a diversos periódicos de varias naciones, sobre temas referentes a la Iglesia y al mundo de hoy: una obra de carácter doctrinal, prevalentemente teológica y jurídica, aunque el discurso se vincula siempre concretamente al compromiso de la vida cristiana. Las *Homilías* no tienen la estimulante fragmentariedad de los aforismos de *Camino*, pero de esta obra conservan el interés inmediato por el camino de fe que cada cristiano debe recorrer siguiendo las huellas de Cristo; no se limitan a la contemplación de algunos pasajes evangélicos, como *Santo Rosario*, pero conservan de este libro el poder de implicar vivamente al lector en la narración escriturística, haciendo de ello un testimonio vivo de la historia de la salvación; llevan a cabo un discurso teológico extenso y explícito, como se encuentra de nuevo a menudo en las *Conversaciones*, pero permanecen ancladas en un ámbito litúrgico que remite a las fuentes bíblicas y patrísticas, con el fin de reproponer desde ahí el anuncio de un mensaje espiritual inconfundible. La espiritualidad del fundador del Opus Dei emerge claramente en las otras obras, pero aquí descubrimos ahora su estilo homilético, es decir, el modo como se aproxima a la Palabra de Dios, dentro de los tiempos litúrgicos. Incluso a riesgo

de hacer un discurso demasiado parcial –otros comentarán más cumplidamente estos textos– querría señalar aquí dos rasgos esenciales de este estilo homilético de Mons. Escrivá: aquellos que, como sacerdote, he advertido de inmediato en su extraordinaria eficacia pastoral de servicio de la Palabra.

LA FE EN LA IGLESIA

El primer rasgo característico es que el tiempo litúrgico, en las homilías de Mons. Escrivá de Balaguer, no es considerado nunca como simple ocasión de un discurso cualquiera, sino como auténtico «lugar teológico» (hoy en día todos estamos convencidos de que la teología y la predicación se nutren de la misma sustancia; de otro modo, la teología incurre en árido intelectualismo, y la predicación degenera en estéril pietismo). El tiempo litúrgico, sin embargo, puede ser visto como lugar teológico sólo por quien tiene una profunda, auténtica fe en la Iglesia, la cual propone una y otra vez en el tiempo el misterio de la salvación con toda su eficacia sobrenatural. Sólo con esta fe se está en grado de ver la «memoria» litúrgica, no como un mero «recuerdo», sino como actuación concreta del misterio de la Redención. Éste es el espíritu con el que Mons. Escrivá se introduce en la celebra-

ción litúrgica, ayudando a quien está junto a él a hacer otro tanto. Y cuando llega el momento de la homilía, al terminar la liturgia de la Palabra, él se siente una célula viva en el tejido de la Iglesia; sabe que sus palabras no son las de un maestro de sabiduría humana (incluso si es sabiduría moral y religiosa), y que su autoridad no es la del presidente de una asamblea, sino la del mismo Cristo Maestro: porque en la Iglesia, gracias al Sacramento del Orden, el sacerdocio ministerial hace presente a Cristo como Cabeza y Pastor del Pueblo de Dios; y ve a los fieles, reunidos en el sacrificio eucarístico, no como simples oyentes y espectadores, sino como otros miembros vivos del Cuerpo de Cristo, congregados por el Espíritu para dar gloria al Padre por medio del Hijo, y hacer así que toda su existencia sea una ofrenda agradable a Dios.

Desde esta convicción de fe nacen las continuas llamadas a vivir aquel momento como un momento único, como una ocasión irrepetible de gracia. Una gracia que requiere ser escuchada con toda el alma, es decir, en espíritu de oración y de conversión. He aquí por qué el discurso no es nunca intelectualista y tampoco pietista. No se busca convencer o conmover: se desea iluminar la inteligencia con la fe viva (que es mucho más que el razonamiento) y convertir el corazón a la piedad de los hijos de Dios (que tiene poco que

ver con el entusiasmo o la emoción mística). Oración y conversión del corazón son los efectos a los que atiende el estilo homilético de un sacerdote que cree en los tiempos litúrgicos como tiempos de la gracia. Bastará este ejemplo: «La Cuaresma ahora nos pone delante de estas preguntas fundamentales: ¿avanzo en mi fidelidad a Cristo?, ¿en deseos de santidad?, ¿en generosidad apostólica en mi vida diaria, en mi trabajo ordinario entre mis compañeros de profesión? Cada uno, sin ruido de palabras, que conteste a estas preguntas, y verá cómo es necesaria una nueva transformación, para que Cristo viva en nosotros, para que su imagen se refleje limpiamente en nuestra conducta [...] *Exhortamur ne in vacuum gratiam Dei recipiatis*, os exhortamos a no recibir en vano la gracia de Dios. Porque la gracia divina podrá llenar nuestras almas en esta Cuaresma, siempre que no cerremos las puertas del corazón. Hemos de tener estas buenas disposiciones, el deseo de transformarnos de verdad, de no jugar con la gracia del Señor [...]. No podemos considerar esta Cuaresma como una época más, repetición cíclica del tiempo litúrgico. Este momento es único; es una ayuda divina que hay que acoger. Jesús pasa a nuestro lado y espera de nosotros –hoy, ahora– una gran mudanza»¹.

1. Homilía «La conversión de los hijos de Dios», en *Es Cristo que pasa*, nn. 58-59.

EL ENCUENTRO PERSONAL CON CRISTO

Tanto la oración como la conversión, tienen en las *Homilías* un carácter acentuadamente existencial y concreto; esto es, tienen las dimensiones reales de la vida cristiana vivida. Y este es el segundo punto sobre el cual queremos detenernos brevemente.

Dimensión existencial de la oración significa que el hombre, en la escucha de la palabra, siente en sí la voz del Espíritu que lo induce a volverse a Dios como Padre (Rom 8, 14-17) y a invocar al Señor Jesús (1 Cor 12, 3). Por esto, Mons. Escrivá tiene el ansia pastoral de facilitar a todos aquellos que lo escuchan la conversación personal con Dios: con Dios Padre, siempre dispuesto a la misericordia, como repite incesantemente en la homilía de la Cuaresma (*La conversión de los hijos de Dios*); con Dios hijo, nuestro amigo, Maestro, Hermano (*Cristo presente en los cristianos*, homilía de Pascua); con Dios Espíritu Santo, que nos habla a través de nuestra conciencia (*El Espíritu Santo, el gran desconocido*, homilía de Pentecostés). Conversación personal con Dios, como premisa y sustancia de la oración comunitaria, litúrgica, que de otro modo se arriesga a convertirse en pretexto para la evasión de la auténtica relación de fe, pretexto para el endurecimiento del corazón.

Conversación personal con Dios que –precisamente por su concreción– se vale del recurso simple y confiado a María (homilía de mayo, *A Jesús por María*) y a san José (homilía del 19 de marzo, *En el taller de José*), modelos y sendas de la relación de fe y de amor con el Verbo encarnado, en la lógica de la historia de salvación.

Dimensión existencial de la conversión, en fin, significa que ésta debe considerar la propia vida real, aquella de todos los días. Mons. Escrivá de Balaguer habla a personas que viven una vida ordinaria, comprometidas con el trabajo, con una existencia caracterizada por las relaciones familiares, profesionales y sociales. A estas personas él no pretende enseñar el oficio, no se entromete en su competencia puramente civil, no les ofrece bellas y prefabricadas soluciones a los problemas de la vida. Respetando con exquisita sensibilidad sacerdotal la libertad de las conciencias, la legítima autonomía de las actividades temporales y el ritmo misterioso del Espíritu, el Fundador del Opus Dei despliega su ministerio de la Palabra enseñando a escuchar la voz de Dios, que llama a cada uno a santificarse en la propia situación, en el puesto que la Providencia le ha asignado. Para los laicos, esto significa hacer presente a Cristo en el propio puesto de trabajo, en el seno de la propia familia y de la sociedad civil. Pero para hacer a Cristo presente

en su propia vida, necesitan conocerlo y esforzarse en imitarlo, con la oración contemplativa y la docilidad al Espíritu Santo: «Pero hay que unirse a Él por la fe, dejando que su vida se manifieste en nosotros, de manera que pueda decirse que cada cristiano es no ya *alter Christus*, sino *ipse Christus*, ¡el mismo Cristo! [...]»². «Pero para ser *ipse Christus* hay que mirarse en Él. No basta con tener una idea general del espíritu de Jesús, sino que hay que aprender de Él detalles y actitudes. Y, sobre todo, hay que contemplar su paso por la tierra, sus huellas, para sacar de ahí fuerza, luz, serenidad, paz. Cuando se ama a una persona se desea saber hasta los más mínimos detalles de su existencia, de su carácter, para así identificarse con ella. Por eso hemos de meditar la historia de Cristo, desde su nacimiento en un pesebre, hasta su muerte y su resurrección [...]. Porque no se trata sólo de pensar en Jesús, de representarnos aquellas escenas. Hemos de meternos de lleno en ellas, ser actores. Seguir a Cristo tan de cerca como Santa María, su Madre, como los primeros doce, como las santas mujeres, como aquellas muchedumbres que se agolpaban a su alrededor. Si obramos así, si no ponemos obstáculos, las palabras de Cristo

2. Homilía «Cristo presente en los cristianos», en *Es Cristo que pasa*, n. 104.

entrarán hasta el fondo del alma y nos transformarán»³.

He aquí cómo la acogida de la gracia propia del tiempo litúrgico, con la mediación del servicio de la Palabra, permite el encuentro personal con Cristo y, en consecuencia, la oración de contemplación y la efectiva conversión del corazón.

3. *Ibídem*, n. 107.